

Presentación

Andrés Eichmann Oehrli

La Sociedad Boliviana de Estudios Clásicos organizó, en septiembre de este año, una actividad que llamamos «El Festín de los Clásicos». Tuvimos entonces la oportunidad de encontrarnos, en La Paz y en Cochabamba, con especialistas de Argentina, Bolivia, Chile y Francia. Nos habíamos propuesto examinar, de una parte, el potencial de representación dramática de los mitos y su plasticidad para interpretar los conflictos individuales o colectivos de cada presente. Así, pudimos comprobar la vitalidad de personajes y mitos griegos en la dramaturgia de los siglos XX y XXI, tanto en Bolivia como en Argentina (con Antígona en la delantera absoluta). Por otra parte, deseábamos abordar la vinculación de relatos y mitos con los saberes, la memoria y la identidad de comunidades bolivianas de tierras altas y bajas, las cuales (también) reelaboran (recrean, reinterpretan) tales relatos para responder a las siempre nuevas necesidades que imponen los cambios de contexto. Por último, quedó de manifiesto la capacidad de diálogo e interacción entre mitos locales de culturas diversas (en este caso, de nuestro país) con mitos clásicos grecorromanos.

Sin que nos lo hubiéramos propuesto, en este número XIV de la revista también se ofrecen trabajos que responden a búsquedas cercanas a las que motivaron el mencionado Festín. El primer artículo de la sección *Filología clásica*, de Elbia Haydée Difabio, nos hace visitar al canto XXIII de la *Iliada*, en el que Homero organiza, por así decirlo, dos escenarios sucesivos en los que desfilan las muy variadas formas en que los héroes aqueos encarnan los ideales de la *areté*. El primero es el elaborado ritual de las exequias de Patroclo, en las que Aquiles, con toda la tristeza por la pérdida del amigo, es el indiscutido protagonista. El segundo lo constituyen los juegos atléticos en honor del difunto, en los que cada competidor lleva al extremo sus cualidades físicas y morales (que el lector en gran medida ya conoce, por sus respectivas acciones y palabras a lo largo de los cantos anteriores) en las diversas incidencias de cada contienda, que se suceden con gran agilidad. A la vez, quedan patentes

las bien delineadas conductas y situaciones vitales: en Néstor, las del anciano en quien vienen imbricadas la experiencia y la sabiduría junto con la tendencia a la nostalgia de tiempos pasados y a la exageración; en Áyax Telamonio, la terquedad del corpulento; en Odiseo, por supuesto, la sagacidad; en Antíloco la juventud, la desenvoltura y la buena disposición, etc. Todos los aspectos del canto (incluidas las abundantes figuras de estilo) hacen inolvidables los dos escenarios que se despliegan en el canto con ocasión de las exequias del héroe, al que Néstor equipara con un rey. La autora del artículo muestra con detalle la maestría con que el poeta explora las facetas sutiles y complejas del ser humano en muy variados individuos, con lo que afloran no pocas constantes de la conducta, identificadas con precisión y verificables en la actualidad en cualquier cultura.

La *Antígona* de Sófocles es, sin duda, una veta inagotable de análisis y de inspiración. En el artículo de Marcela Ristorto y Clara Racca entra en juego, en primer lugar, la actualización de un relato tradicional del ciclo tebano, en un acto comunicativo del siglo V a. C. mediante el cual, en su recepción primaria, la *polis* pudo repensarse y reflexionar sobre los conflictos que la atravesaban. La rigurosa y detallada lectura que han realizado ambas autoras permite identificar los múltiples dispositivos y alusiones que insertó el dramaturgo para llevar al extremo las transgresiones de los ritos fúnebres y nupciales, los cuales llegan (nada menos que) a identificarse. También se evidencian, en las conductas de los personajes masculinos y femeninos, notables inversiones de roles genéricos, al servicio de las señaladas transgresiones. En la segunda parte del trabajo, las autoras llaman la atención sobre las reescrituras de *Antígona* que, en tiempos recientes y aun actuales, activan reflexiones que resultan vitales para nuestra sociedad. Esta, al igual que la de la antigua Atenas, reflexiona de la mano de la heroína sobre sus propias tragedias, vividas a menudo silenciosamente, pero ante las cuales la voz femenina pudo alzarse e intervenir, sin violencia a la vez que eficazmente, para oponer resistencia a la injusticia, replantear la naturaleza de las leyes y reconducir a la comunidad.

Los números de nuestra revista, como es sabido, ofrecen habitualmente secciones temáticas bien definidas (salvo *Varia*, claro está). Hicimos una excepción con el número XII, que reúne una buena parte de las ponencias presentadas en unas Jornadas filosóficas inolvidables que organizaron Roberto Hofmeister Pich y Gonzalo Tinajeros Arce en la Pontificia Universidad Católica de Río Grande do Sul, en noviembre de 2020. La gran mayoría de sus contribuciones abordan el desarrollo de la Segunda Escolástica por parte de

pensadores de la América hispana y lusa, a lo largo de los siglos XVI-XVIII. Aunque no es algo habitual en *Classica Boliviana*, ese número monográfico constituye el impulso para nuevas actividades y publicaciones.

Así, en mayo de 2024 y junio de 2025, la Sociedad Boliviana de Estudios Clásicos y la Universidad de San Francisco Xavier (Sucre) organizaron sendas Jornadas Internacionales en torno al pensamiento generado en Charcas en los siglos XVI y XVII, particularmente el desarrollado en la mencionada Universidad. Gracias a la participación de investigadores de Alemania, Bolivia, Brasil, México y Suiza, se pudo profundizar en el fascinante desarrollo de la Segunda Escolástica. Ambas actividades (la primera de ellas dará como resultado final un inminente *número extraordinario* de nuestra revista) permitieron dar un impulso en el camino abierto por aquel número XII. Prueba de ello, además de la continuidad de las Jornadas de Sucre (que esperamos repetir en 2026) es que tanto en el número XIII como en el actual, se hallan enjundiosos estudios en la sección de *Filosofía*.

El primer artículo, a cargo de Fernando Rodrigues Montes D'Oca, aborda la obra del fraile capuchino Epifanio de Moirans, quien sufrió duras adversidades por salir en defensa de los esclavos africanos traídos a los dominios españoles de América. A pesar de encontrarse en reclusión, en San Cristóbal de La Habana, siendo además objeto de tratos hostiles por haber condenado la esclavitud, en apenas un mes (entre diciembre de 1681 y enero de 1682) escribió un tratado titulado *Serui liberi seu naturalis mancipiorum libertatis iusta defensio*, una auténtica joya del pensamiento de la Segunda Escolástica. Además de demostrar con tres tesis fundamentales la injuria que suponía esclavizar a los africanos y de recordar que las injusticias requieren reparación, desarrolla, a la luz de la doctrina tomasiana de la *restitución* (de bienes sustraídos o robados), sus argumentos para el caso concreto de los esclavos traídos de África. Analiza el fenómeno de la esclavización en toda la compleja «cadena» que se origina de la captura y la posterior compra-venta de estas personas, y en su amplia gama de consecuencias: ante todo, las de su falta de libertad, pero también las de su utilización como mano de obra forzada, así como de los sufrimientos físicos y morales a los que eran sometidos. Hace una tipología sistemática de los responsables directos e indirectos de esta situación de injusticia (empezando por los reyes, que la permitieron), todos los cuales están obligados a la restitución. Establece la libertad como primer bien que ha de ser devuelto a su legítimo poseedor (perspectiva novedosa); pero también está en juego el valor del trabajo que la persona llevó a cabo, con el que

lucraron sus opresores, así como las consecuencias de haber sido sometido a esa condición. En caso de haber fallecido en ella, el derecho a la indemnización pasa a sus descendientes, sin importar a cuántas generaciones de distancia se encuentren. Montes D'Oca presenta este impecable panorama teórico de Moirans, y muestra que este último extrae todo el potencial explicativo de la propuesta de santo Tomás (inspirada a su vez en Aristóteles, *Eth Nic*), a la vez que consigue dar pasos más allá de los que había dado el Angélico.

Ha habido quienes consideraron que la enseñanza de la lógica, en los siglos XVI-XVIII, tuvo como único beneficio el mantener ejercitadas las mentes de los jóvenes que frecuentaban las aulas de las universidades del ámbito iberoamericano. Algo así como los juegos infantiles, que estimulan la sensibilidad en los primeros años de la vida. En nuestro país, Guillermo Francovich le concede un estatuto algo mayor, pues considera que la enseñanza de esta disciplina ayudó, en la Universidad de San Francisco Xavier, a «aguzar el entendimiento y a darle la sutileza peculiar a los doctores de Charcas»¹. Por el contrario, Ramiro Condarco Morales piensa que la lógica no hizo otra cosa que extraviar «el espíritu científico por los vericuetos de las más estériles formas de razonamiento», y que habría contribuido «a invalidar radicalmente la predisposición de la mente al cultivo de la observación empírica e inductiva, propia de los nuevos fundamentos metodológicos de la ciencia moderna»² que ya estaba en vigor en varios países de Europa. Por supuesto, este autor habla desde unos prejuicios ampliamente instalados por el positivismo del siglo XIX. Por ello sitúa fuera del ámbito universitario a los autores de Charcas que se ejercitaron en terrenos que él considera (reductivamente) *científicos*, principalmente en la lingüística y la etnografía, fuera de algunos aportes en ciencias naturales. Tal vez asume esta perspectiva porque desconoce que todos ellos estudiaron lógica y que, por tanto, tuvieron la oportunidad de extraviarse en los fantasmales laberintos que él atribuye a su estudio en las aulas de la época. Al contrario, es precisamente gracias a ese estudio que adquirieron algunas de las herramientas para su quehacer científico. Considerar hoy que las ciencias especulativas son un obstáculo para las inductivas parece algo simplemente absurdo.

1 G. Francovich, citado por Ramiro Condarco Morales, *Historia del saber y de la ciencia en Bolivia*, La Paz, Academia Nacional de Ciencias de Bolivia, 1978, p. 121.

2 R. Condarco Morales, p. 121.

Pues bien, nada hay como asomarse a la realidad para superar los prejuicios, y por ello resulta de tanto interés el artículo de Alfredo Flores y Estéfano Elías Risso sobre dos famosos tratados de lógica producidos en el ámbito de los estudios superiores de América y Europa: la *Logica mexicana*, del P. Antonio Rubio de la Rueda S. J., y el primer volumen (también de lógica) del *Cursus artium Complutensis* (la autoría parece recaer en fray Miguel de la Santísima Trinidad), compuesto en el Colegio Menor de San Cirilo (Alcalá de Henares), institución de la Congregación de los Carmelitas Descalzos. Recordemos que este colegio comenzó con muy buen pie, ya que tuvo por primer rector a san Juan de la Cruz.

La primera de ambas obras, fruto de la docencia del P. Rubio en la Nueva España, vio la luz en 1603 en Alcalá y conoció al menos 18 ediciones en distintas ciudades europeas. La universidad de Alcalá la adoptó como texto oficial. Como explican los autores del artículo, el P. Rubio era consciente de los debates contemporáneos sobre el estatuto de la disciplina en el ámbito científico. Según él, su estudio permite adquirir los instrumentos del conocimiento de las demás ciencias, esto es, la capacidad de definir, clasificar y organizar las realidades de un campo dado.

El otro curso de lógica, también de publicación complutense, de la orden carmelita, es de 1624. Al igual que la obra del P. Rubio, el resultado fue un magnífico manual, escrito «en un estilo llano, claro, diáfano, sin adornos» (según leemos en el artículo), elaborado de modo tal que los estudiantes no perdieran tiempo en «minucias irrelevantes para principiantes», sino que pudieran concentrarse en lo esencial. También interviene en las discusiones ya dichas, y tiene en cuenta el punto de vista del P. Rubio. Se pone de manifiesto, una vez más, que en las aulas del Nuevo Mundo se produjeron obras que tuvieron una significativa repercusión en Europa.

Pasamos a la sección de *Materia Clásica*, en la que, en primer lugar, María del Val Gago Saldaña elabora una antología de piezas poéticas recientes (siglos XX-XXI), tanto de España como de América y África hispanas, en las que se exploran con perspectivas muy variadas algunas figuras femeninas de la *Odisea*. Desfilan las sirenas, Nausícaa, Calipso, Circe y Penélope en poemas que, en ocasiones, las resignifican de muchas maneras, en exploraciones que, por supuesto, buscan dar respuesta a interrogantes motivados en situaciones vitales (a menudo lacerantes) de la actualidad de sus creadores. Ello puede darse desde una propuesta apegada a la matriz homérica, hasta otros tipos de

búsquedas. Las hay que desplazan la atención a personajes secundarios (un remero del barco de Ulises, desde una perspectiva marxista), frecuentemente con procedimientos desmitificadores, en desmedro del héroe o de otros personajes. Así, las sirenas pueden ser vistas como camareras de barras americanas o, ya ‘escamadas’, víctimas de la degradación de los mares y del consumo turístico. Aparece también el propio Homero desmitificado, ya que quien pudo haber escrito sus poemas sería, en realidad, Penélope, tejedora de hexámetros. Para el lector boliviano tendrá una particular resonancia el poema *Ítaca* de Blanca Wiethüchter, en el que Penélope siente el deterioro corporal, la ausencia ya «instalada» de un Ulises más entretenido con Circe que con deseos de regreso, y mira con horror a unos pretendientes que solo exhiben sus mezquinas ambiciones.

Tomás Fernández explora el uso de la máxima en tres autores representativos de distintas épocas, en un análisis en el que se cruza el grado de generalidad (o aplicables universalmente) con el de manifestación del autor implícito. Observa que la máxima en Eurípides contribuye con alguna frecuencia a delinear los caracteres de los personajes, mientras que en otros casos podrían haber sido dichas por cualquiera de ellos. Estas últimas permiten conocer las preferencias del autor y su visión (compartida), pesimista, de la condición humana. También sus máximas tienen un rol estructurante de la trama. Por su parte, Estobeo es un coleccionista de máximas, e incluye en su antología aquellas que considera acordes con la moral instalada en su tiempo (siglo V d. C.), en el que el cristianismo ya había motivado una visión más optimista del ser humano. La inclusión y la exclusión de máximas manifiestan al autor implícito, que busca promover una visión inspiracional y unas conductas modélicas. Por último, Cormac McCarthy logra eclipsar casi completamente al autor implícito, ya que las máximas se sitúan en el mundo particular de cada personaje, y son el vehículo para conocer su punto de vista individual o, en algún caso, para manifestar un rasgo de su personalidad. Por ello, la máxima, en este narrador, nunca es intercambiable, sino que solamente puede atribuirse al personaje concreto que la expresa. Compara Fernández los usos de estos tres autores con el de algunos otros, y ello le permite mostrar que la función de la máxima no se vincula tanto con la época o con el género literario, sino más bien con el autor implícito y con el mundo narrativo.

La sección *Varia* consta de dos estudios. El primero, de Adolfo Alcoba Alcoba, aborda los tratamientos que recomienda Filúmeno de Alejandría para los pacientes afectados por la rabia. La obra de Filúmeno nos ha llegado

gracias a una compilación del siglo XI. En relación con esta enfermedad y la forma de combatirla, este autor es la fuente principal que utilizaron muchos de siglos posteriores, ya desde el IV d. C., y hasta tiempos más recientes, como un médico vienés de finales del siglo XVIII y principios del XIX. El segundo trabajo, de Mauricio Montealegre Oblitas, ofrece algunas reflexiones al hilo de su lectura del *Edipo rey* de Sófocles, con las que se distancia de la interpretación que, en algún tiempo (no muy cercano), se habría emitido en relación con una supuesta «culpa moral» atribuible al héroe.

Antes de terminar, vale la pena referirnos también a la figura de nuestra portada. Estamos muy agradecidos con Guiomar Mesa, quien nos ha dado gentilmente la autorización para utilizar su obra *Lo mejor del Olimpo a precio de oferta* para la portada de este número. Tanto el trabajo de diseño de la cubierta, que nos regala Felipe Ruiz, como el texto de Margarita Vila Da Vila, quien nos presenta a la artista y a su obra, y en particular esta pieza, hacen de esta entrega lo que esperamos lograr en todas: un producto finamente acabado, que no solamente atrae desde su portada, sino que, además, expone obras de nuestro patrimonio en las que vale la pena detenerse. En este caso, de modo muy acorde con buena parte de los artículos de este número, la portada nos acerca a nuestra compleja actualidad, de la mano de motivos inspirados en creaciones clásicas.

La Paz, diciembre de 2025